Año: LVII, 2018, No. 1,080

El “óptimo” es el Santo Grial de la teoría económica dominante

Por Robert Higgs

** Artículo publicado originalmente en The Independent Institute.*

En las discusiones de economía y especialmente de política económica, los economistas de la corriente dominante se han enamorado de la noción de la optimalidad. Han construido muchos modelos matemáticos de los cuales han derivado condiciones relacionadas con los aranceles óptimos, la población óptima, la oferta de dinero óptima, la presión fiscal óptima, los subsidios óptimos, etc. De hecho, al hablar de la economía en su conjunto, su criterio de eficiencia es algo llamado Óptimo de Pareto.

Hasta ahora, probablemente miles de artículos se han publicado en revistas económicas en las cuales el autor construye un modelo económico, deriva del mismo condiciones de optimalidad y concluye hacienda recomendaciones de política que prescriben al gobierno cómo deben actuar- esto es, que deben usar su poder de coerción- para forzar el mundo real de acuerdo con su modelo de condiciones óptimas.

Todo esto, sobre todo las recomendaciones de política, es, en su mayor parte, una enorme pérdida de tiempo e intelecto.

Primero, porque cualquier buen estudiante, al menos si este estudiante es bueno en matemáticas, puede construir un modelo económico simple, hacerlo no es un gran problema científico. Además, dado que las economías reales son sistemas dinámicos enormemente complejos que desafían la elaboración de modelos incluso más de lo que el clima mundial desafía los modelos precisos de los meteorólogos y otros científicos del clima, los modelos simples que llenan las revistas científicas están alejados de la realidad.

De hecho, a menudo son ridículamente descabelladas, ya que son caracterizaciones más matemáticas de un mundo totalmente imaginario que revelar abstracciones de condiciones en el mundo real. Suponer que uno puede derivar conclusiones de política útiles a partir de modelos simples o fantasiosos requiere un salto gigantesco de fe que rara vez se justifica.

En segundo lugar, incluso si se construyera un modelo útil y se derivaran conclusiones políticas útiles, la idea de que los legisladores -políticos y sus secuaces burocráticos- se preocuparían por ella o serían capaces de lograr las recomendaciones que los economistas les ofrecen es tan contrafactual como ridículo. Los políticos no son reyes filósofos, ni ingenieros sociales dedicados centrados desinteresadamente en el interés público (en sí mismo un concepto elusivo).

Saben cómo ganar una elección o un nombramiento para un cargo público, y casi nada más. No se preocupan más por hacer del mundo un lugar mejor de lo que yo intento inventar una máquina de movimiento perpetuo o de prepararme para unirme al equipo olímpico de natación sincronizada.

Idear sistemas de ecuaciones de otro mundo como base para asesorar a estos príncipes payasos es una tarea desesperada, y los economistas / sabios idiotas de la corriente dominante servirían mejor al público general si no hicieran nada, porque con demasiada frecuencia sus ejercicios tienen un solo propósito -el propósito de proporcionar excusas aparentemente plausibles para las políticas contraproducentes e incluso destructivas que implementan los políticos y sus perros burocráticos.